

Pablo Nogués Martínez de Liñán

Su nacimiento.—Sus antecedentes

Nació Pablo Nogués en la villa de Madrid, el día 13 de Febrero de 1882. De abolengo revolucionario, hijo de un honrado hogar de librepensadores, sus antecedentes de familia merecen ser conocidos de los lectores de ERA NUEVA.

El padre de Pablo Nogués fué un ilustre poeta y escritor, maestro de periodistas, que consagró toda su vida á la defensa abnegada de la libertad y de la República.

Perteneciendo á una de las más linajudas y opulentas familias de Aragón, el padre de nuestro amigo hubo de abandonar la casa solariega y percibir su patrimonio, cuando llegó á la mayor edad, porque su espíritu expansivo no se avenía á soportar la pesadumbre del prejuicio aristocrático y de los dogmatismos religiosos.

Desde entonces fué su vida un constante sacrificio: en todas las conspiraciones republicanas, sus bríos y su fortuna, prestaron eminentes servicios y estuvo á punto de ser fusilado, salvándose de la muerte con la emigración, donde consumió los últimos restos de su hacienda en el auxilio de los emigrados españoles.

Instaurada la República en España se negó obstinadamente á desempeñar el cargo de ministro, que por dos veces se le ofreciera, y aceptó la presidencia de la Diputación provincial de Madrid, para salvar á la Corporación de una crisis que amenazaba con la bancarrota.

Poco tiempo después de restaurarse la monarquía sus ojos cegaron para siempre: en el año de 1885 rindió su tributo á la muerte, venerado y querido por todos.

Apenas transcurridos once meses, Pablo Nogués veía expirar á su madre, invocando el nombre idolatrado del marido muerto.

Su infancia

Sus aficiones

Pablo Nogués contaba poco más de tres años, cuando los hielos de la total orfandad remordieron crueles su espíritu infantil.

Aquel niño, que balbucía incoherente las páginas de los libros escolares, supo leer, con clarividente precocidad todo el horror de su tremenda desgracia, en los instantes postreros de la vida de su madre.

Aún no había acogido la fosa el cadáver de la región muerta y ya el huerfanito caía gravísimamente enfermo de un ataque cerebral, poblado su intelecto naciente con las negruras siniestras de su espantoso infortunio irremediable... ¡Y en las horas dolientes de congoja y agonía, el niño enfermo clamaba por el tierno arrimo que acababa de arrebatarle la tierra!

Así se explica que el espíritu de Pablo Nogués perdiese, apenas empezado á vivir, el aroma de expansiva alegría que es compañero inseparable de la infancia.

Fué Nogués en sus primeros años ese algo enternecedor que se llama un niño triste: serio, callado, correcto; amigo de la soledad, de los libros; poco propicio á los juegos de sus iguales y muy dado á escuchar el departir severo de las personas mayores, daba pena á sus deudos ver á aquel hombre en miniatura, siempre circunspecto y juicioso, con una dulce sonrisa melancólica estereotipada en los labios.

En la escuela fué modelo de alumnos y orgullo de profesores. Algunos de sus maestros viven aún y muchas veces acuden á pedir consejo ó amparo al que ellos enseñaran las primeras letras y la instrucción primaria.

Nogués no desdeña jamás á estos venerables viejecitos; ellos obtienen siempre de su antiguo discípulo, un poco de consuelo y alegría.

Precozmente reflexivo y laborioso, empezó en muy temprana edad los estudios del Bachillerato, por cursos dobles, con pasmoso aprovechamiento, obteniendo en todos la calificación de sobresaliente.

Niño todavía reveló sus admirables dotes de escritor, haciendo trabajos muy bellos para la *Revista Escolar* de Madrid, que redactaban alumnos del Centro de Educación Moderna.

Más tarde cursó Ciencias, Letras, Derecho, etc., consagrando largas horas á la lectura de obras filosóficas, políticas y de carácter social.

Sus aficiones nativas le arrastraron desde luego, con ímpetu arrollador, á la lucha candente y ardorosa, á la batalla horrible é incesante, por los ideales emancipadores.

Y con calzón bombacho y blusa marinera conquistó brillantemente un puesto en la Redacción de *El País*, este periodista de raza.

Su religión

Su mocedad

Pablo Nogués llamó á las puertas hospitalarias de *El País*—donde hicieron su aprendizaje nuestros más grandes escritores—sobreponiéndose á una tremenda desventura, que le arrastraba al abismo de la miseria.

El protector que lo mantuvo hasta entonces, en vida espléndida y fastuosa, su tío, el inolvidable periodista D. Manuel Tello Amondareyn, acababa de ser enterrado.

Pablito se vió solo, azotado por el dolor y por la desdicha infinita: no tenía hogar ni recursos.

Pero desde la mansión alhajada, desde el coche señorial, no descendió, ni mucho menos, al fango del arroyo. Sereno, altivo, imperturbable, afrontó la espantosa situación, y se hizo un puesto en el diario glorioso que ha sido cuna política de este heroico luchador.

Desde entonces la vida de Pablo Nogués es una tremenda brega, una vorágine enloquecedora de trabajo y de esfuerzo, capaz de rendir á cien titanes.

Obligado, con premura angustiosa, á conquistarse el sustento, minuto per minuto, segundo

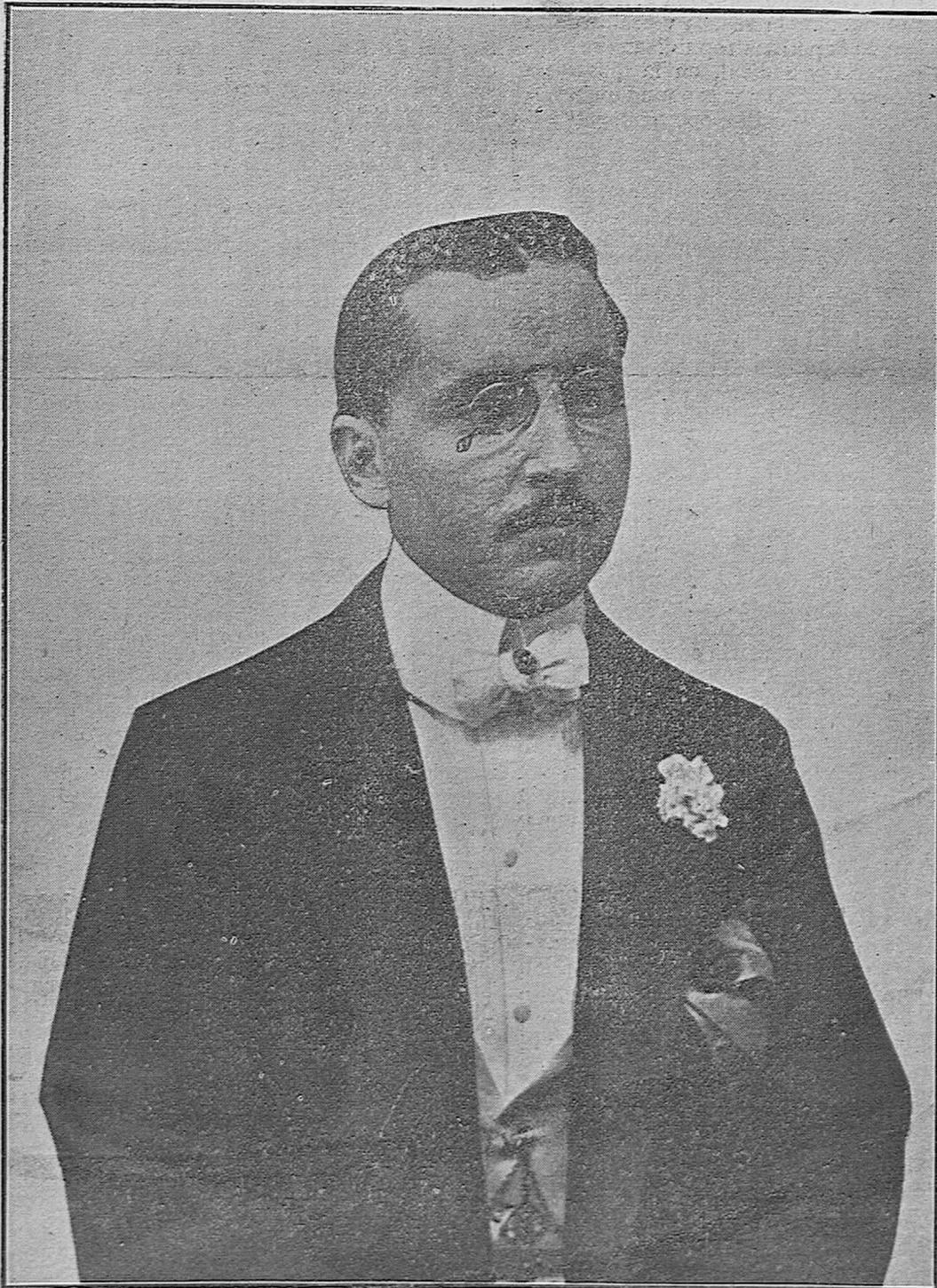
por segundo, ha hecho los estupendos milagros de formarse orador, de adquirir una envidiable personalidad en el republicanismo, de atesorar conocimientos nada comunes y adquirir experiencia sapiente, de convertirse en escritor notabilísimo y en propagandista incomparable de la Verdad y del Bien.

Pablo Nogués es todo un hombre; pero un hombre excepcional á quien el porvenir se le rinde incondicionalmente.

Lo que él vale no ha de decirlo ERA NUEVA.

Plumas de la mayor autoridad y del más grande prestigio, os dirán, lectores, mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, algo de lo que Nogués es y de lo que será sin duda.

A nosotros nos basta indicaros que este jovencito imberbe, de aspecto infantil y temple de acero, no ha tenido en su vida otro apoyo que la santa religión de sus amores.



En sus primeros años fué un fanático enamorado de la pura memoria de su madre.

Hoy lo es del cariño de su esposa, que constituye para él un ángel generoso de paz y de ventura.

Y en su hogar humilde y riente se ofrenda un tierno culto de afecto y gratitudes á ese otro niño de sesenta años que se llama D. Benito Pérez Galdós.

La Redacción.

Augusto Barcia.

Nougués, orador

De toda aquella juventud, valiente y luchadora, que surgió á la vida pública á raíz de realizarse la Unión Republicana, la figura que más descollo, logrando prestigio y renombre, fué Pablo Nougués.

Los bríos y los entusiasmos de aquella gente moza, casi imberbe, se pusieron á prueba en mil campañas por España entera, luchando con denuedo en el mitin, en el comité, en la plaza pública, arrojando peligros, sufriendo persecuciones policíacas y judiciales, etc., etc. Así se templó el ánimo de Pablo Nougués y así se formó su personalidad política, ostentando una honrosísima hoja de servicios prestados á su partido con desinterés y abnegación sin límites.

No entra en mis propósitos, delinear la silueta política de Nougués, ni quiero tampoco traer aquí los hechos más salientes de su vida, tan llena de rasgos hermosos y de actos de valor y civismo; no.

Yo quiero decir dos palabras de ese pequeño orador, que con un fuego y una pasión, dignos de sus grandes entusiasmos, logró mil veces arrebatarse un público y supo imponer sus sentimientos á una masa de gente, fría é indiferente primero, luego apasionada y vehemente, sugestionada por el verbo cálido y ardiente de Nougués.

Es difícil ver un fenómeno de transformación tan radical y profundo como el que se opera en Pablo Nougués cuando habla en público. De ordinario apacible y bonachón, suave en el decir, templado en el ademán, comedido y observador, cuando Nougués habla en público, cambia esencialmente. Su ademán es enérgico, su accionar rotundo, su palabra fogosísima, su dialéctica brava y tosca; domina por la agresión, se impone por la fuerza, y llega á imperar sobre cuantos le escuchan porque sabe mandar con soberana autoridad.

Nougués trabaja mucho, tiene un fondo de bondad y rectitud poco comunes, es modesto y prudente, consecuente en sus convicciones, leal en su proceder y constante en sus propósitos, le quieren cuantos le conocen y le admiran cuantos le tratan.

Sus pocos años contrastan con el aplomo y la experiencia en que inspira su proceder, al extremo de que toda la gente de su partido, grandes y chicos, altos y bajos, potentes y modestos, le profesan un afecto excepcional y le quieren entrañablemente.

Su gran amor es D. Benito Pérez Galdós, el incomparable novelista, el austero varón, el noble patricio de corazón de niño, alma de gigante y pensamiento de genio: por él, por el abuelo, como Nougués le llama, siente Pablo una adoración idolátrica, rayana en el fanatismo. Y don Benito, que sabe estimar la gente buena, tiene por Nougués un entusiasmo grande, sólo comparable á la ilimitada confianza que en él depositó haciéndolo su secretario particular.

Pablo Nougués, á quien el porvenir, por muy adverso que con él se muestre, tiene reservado grandes triunfos, ha de conquistar muy pronto un puesto relevante dentro de su partido. Y el día que llegue á oírse

su voz en el Parlamento y su palabra ardorosa y vibrante surja en aquel medio de mentira y de farsa, logrará ser oído, respetado y hasta temido, este pequeño orador, de alma muy grande, de ademán enérgico, de accionar rotundo, de palabra fogosa, dialéctica brava y tosca, que domina por la agresión, que se impone por la fuerza y que impera porque sabe mandar con soberana autoridad.

Nougués, periodista

Acababa yo mi juventud y Pablo Nougués su infancia cuando le conocí en la Redacción de *El País* como periodista.

Sentíme lleno de cariño y de simpatía por aquel imberbe de ojos míopes y soñadores, que miraban para dentro horizontes que sólo son visibles para los adolescentes y en los que la ilusión y la esperanza pinta el iris de incopiables tintas, que más tarde han de borrarse hasta desaparecer en las tinieblas.

Por entonces era Pablito Nougués un cultivador de todos los campos del periodismo, desde el artículo á la noticia. Hoy la cuerda vibra de su lira es la política republicana revolucionaria y radical, en la que es un maestro, tanto por la abundancia y el vigor de su estilo, como porque posee el arte de comprender y de conmover el alma popular.

En la información militante, que es hoy y será mañana todavía más, el verdadero periodismo, no tiene Nougués rival, por la actividad de su ingenio, por la perspicacia de sus atisbos, por las facilidades que su figura y la afabilidad de su trato le proporcionan en ese ejercicio, en el que hay tanto de hombre de mundo como de escritor.

Si yo tuviera un periódico apetecería disponer de Nougués como alma de la Redacción, como jefe del batallón volante de reporters, en la seguridad de que no habría número en el que faltase al lector la impresión inesperada de algo original y conmovedor, que si Pablo Nougués no lo encontraba en el mundo real, seguramente lo inventaría como ficción llena de realidad.

Cuando Nougués entró en la Redacción de *El País*, tuvo que abandonar la indumentaria de la infancia poniéndose los primeros pantalones de hombre, pues tenía catorce años.

Ahora tiene veintiocho y sigue siendo un niño por el corazón y la inocencia.

Es más pobre que antes y supongo que hoy — así progresamos los republicanos! — no tendrá muchos pantalones que ponerse en sustitución del que lleva con la irreprochable elegancia de un bohemio.

Rafael Ginard.

Juventud triunfante

Pablito Nougués

"Juventud, verdadera juventud, es el período de la existencia en que no se recuerda nunca el ayer, ni se piensa jamás en el mañana. Juventud, es brío irreflexivo, indiscreción gallarda, acometividad constante, desenfado simpático, lucha permanente. Ya no se goza de la juventud cuando se pone freno al pensamiento y se administra con cautela la sensibilidad. El joven, el verdadero joven, no razona, batalla. Al sentir sobre su espíritu el influjo de las ideas y de las emociones, como siente el que va al combate el peso de las armas, no sufre el embarazo de las conveniencias ni el estorbo de la reflexión. Para él no hay más mundo ni más empresas que el mundo y las empresas que acomete."

Quizá parezca á muchos que estas palabras de un celebrado escritor no tienen realidad porque no existe esa juventud. Se equivocan los que tal crean.

Hay una juventud aguerrida que continuamente batalla por mejores tiempos, que lucha por toda causa justa, por toda idea levantada y noble. En esa juventud se ven el valor, el desinterés, las grandes y legítimas ambiciones. Por eso ella sabe rebelarse airada contra las conveniencias sociales, que son pantalla de la cobardía; contra la rutina embrutecedora que envilece y degrada; contra el egoísmo miserable que castro la voluntad y oscurece la inteligencia.

De entre esos jóvenes audaces y valientes, eternos *Quijotes* del ideal, sobresale por derecho propio, Pablo Nougués. Aunque muy joven, cuenta ya con una larga y brillante historia, como político, como escritor, como periodista temible, como polemista temido, como orador elocuentísimo.

A los catorce años, en esa edad en que sin dejar de ser niño se empieza á ser hombre, escribió crónicas y artículos literarios muy elogiados, en *La Voz Cantabra* de Santander, que dirigía Roberto Castrovido.

Entonces entró en la Redacción de *El País*, cuyo diario dedicó á Pablo Nougués su artículo de fondo, haciendo justicia á sus méritos excepcionales, allá por el año de mil ochocientos noventa y siete. En *El País*, estuvo Nougués largos años; allí se formó su personalidad periodística; allí libró reñidas batallas por la justicia social. Hizo campañas inolvidables, como la que logró el descanso dominical para los dependientes de comercio, y otra brillantísima, en favor de los empleados de tranvías. Obtuvo repetidos y ruidosos triunfos y en los días amargos de la guerra con los Estados Unidos se le encomendó la difícil y delicadísima tarea de aplacar diariamente, en la Capitanía General de Madrid y antes de la salida de cada número los rigores de la censura militar. Muchas más pruebas de la admirable labor de Pablo Nougués podríamos citar, pero baste de ir que de *El País* salió para dirigir un periódico diario en Madrid. ¡Y esto cuando aún no había cumplido los veinte años!

Pablo Nougués ha escrito millares de artículos, ha creado periódicos y ha sido redactor de muchos y colaborador de infinitos de diarios y revistas. Muestras indelebiles de su gran talento constan en las colecciones de *España Nueva*, *La Acción*, *Las Novedades*, *El Clarín*, *La Lucha*, *La Barricada*, *La Verdad*, *El Censor*, *El Pueblo Español* é innumerables periódicos de provincias, cuya enumeración sería fatigosísima para los lectores.

Como escritor ha hecho innumerables trabajos de mérito excepcional.

Actualmente tiene terminado el libro *Cuartillas de un reportero*; trabaja en una obra titulada, *La Estatua de burro*, en la que aborda el problema de la divinidad; prepara una novela social, *Nuestra Señora la Rebelde*, etcétera.

Como político ha fundado y presidido varias juventudes; ha sido vicepresidente de otras; de los directores de las Federaciones Nacionales Republicanas; de la Federación Anticlerical Española, y de multitud de Centros, y organismos.

En las asambleas republicanas descollo siempre y asombró á los que no le conocían por su previsión, su acierto y su clarividente juicio. En todas partes ha hecho labor política fecunda y muchos núcleos republicanos hoy potentes surgieron al conjuro de su maravillosa actividad y de su perseverante esfuerzo. Su amor á la República, no lo entibiaron nunca, ni desengaños, ni contratiempos, ni adversidades. Pablo Nougués no vaciló jamás en sacrificar su hogar por mantener incólumes sus principios y sus convicciones.

La ingratitud le ha mordido muchas veces, pero él sigue su camino, otorgando siempre perdones generosos á los ingratos y sacrificándose por el bien de la causa republicana.

Pocos habrán podido como él atender á las exigencias de múltiples cargos políticos, que requieren una laboriosidad á toda prueba y una inteligencia privilegiada. Pero para Pablito esto es cosa corriente y hacendera y así está siempre agobiado por una labor enorme que nada le produce.

Hoy mismo es vicepresidente de la *Joven España*, vigorosa asociación á su iniciativa debida, la cual, tanto por el número como la calidad de las personas que la componen, puede hacer mucho por nuestra patria. Pertenece á Juntas municipales y provinciales; á entidades y organismos que le exigen constantes desvelos.

Pablo Nougués, es además secretario particular y político de D. Benito Pérez Galdós, y el grande hombre maestro de maestros tiene en Pablito su mano derecha. Galdós quiere con paternal afecto á su secretario al que augura un porvenir espléndido.

Pero no para aquí la labor de Pablo Nougués. Todavía le queda tiempo para dar conferencias; sostener árdnas controversias; pronunciar discursos y discursos; ir á propagar la buena nueva por pueblos y ciudades y aunar con sus sacrificios á muchos personajes, que ya han sido candidatos á todo sin haber trabajado por la República tanto como Nougués.

La oratoria arrebatadora del joven luchador le han valido memorables victorias. No fué sólo en el mitin: triunfó en el Ateneo, en el Centro socialista de la Costanilla de los Angeles, y en empresas difícilísimas de ca-

rácter social donde fracasaron inteligencias muy bien cultivadas y hombres de gran talento. Pablito Nougués es un excelente caudillo, un director de multitudes, un apóstol, un prosetista incansable. Pero ante todo y sobre todo es lo que dice Bourget en estas frases:

"Orador es el hombre que en grandes síntesis, con cierta exaltación poética, entusiasta y cáurico, recoge el insistente y disperso espíritu de una muchedumbre ó de un pueblo. Un verdadero tribuno es ante todo afirmación y acción; mientras la colectividad vislumbra y acaricia el ideal, como en un ensueño de amor vago ó imposible, el orador no vacila ni duda; tiene seguridad absoluta de acercarlo á la realidad y convertirlo en polvo de la tierra."

Antonio L. Baeza.

El hombre-alma

Cuando á mí se me conceda la alternativa de antropólogo, y tal vez sea pronto, pues como esta ciencia no está codificada todavía, sus mucetas y sus birretes se venden en los baratillos, clasificaré á los seres humanos en dos grandes categorías.

El hombre-utensilio.

El hombre-alma.

Todos conocemos ejemplares del hombre-utensilio: los hemos visto peines, coberteras, pinzas, sacacorchos, encendedores, martillos, yunque, cuadradillos y compases.

Tienen su función mecánica y adjetiva y nada les pidáis extraño á su función, como no sean invectivas y maldiciones para la categoría correlativa y contraria.

El hombre-alma es el que tuvo la suerte ó el acierto de recoger en su cerebro algo de ese *quid divinum*, que, diluido en el Universo, forma y constituye la esencia de la maravilla y del misterio.

Y de este modo el hombre-alma es en la vida filósofo, poeta, orador, escritor, artista y todo lo verdaderamente difícil.

He de advertir, hablando ya en antropólogo, que el ser *amigo* es la cosa más difícil que hay en la vida.

Por esta razón el hombre-utensilio no puede ser *amigo*.

La amistad es de incumbencia y de posesión exclusiva del hombre-alma. Y si el hombre-alma disfruta esta excelencia y de esta ventaja inefables, tiene que sufrir en cambio continuamente los golpes del hombre-martillo, los pinchazos del hombre-punzón, los pellizcos del hombre-tenaza, las desafinaciones del hombre-cornetín, el hedor asqueante del hombre-farol...

Y ha de perdonarlos, porque la función del hombre-utensilio es inconsciente y única.

Pablo Nougués, periodista, escritor, orador, filósofo, artista y campeón, en una palabra, de todas las ideas grandes, no he dudado un momento de clasificarlo: pertenece á la categoría del hombre-alma y tal vez tenga su puesto en uno de los rangos primeros.

¡Cómo le habrán atormentado los hombres-utensilios!

E. Barriobero y Herrán.

Nougués, orador político

Podemos decir de Pablo Nougués, que es el prototipo del orador político.

En la tribuna, hablando, se encuentra en el ambiente más adecuado para que luzcan sus dotes de extraordinaria inteligencia.

Su verbo es fogoso, vibrante, elocuente.

Todas sus disertaciones tienen una robusta vena de doctrina política. Se caracterizan sus discursos por la agresividad sangrienta contra el enemigo, la habilidad portentosa y oportunista de sus efectos, que traen aparejados la sugestión del que escucha.

Es, en suma, Pablo Nougués, un notabilísimo orador político. Consigue siempre la finalidad que se propone. Siembra, convence, arrastra.

Y como habla para el *Bien*, la causa del *Bien* tiene en Pablo Nougués un excelso paladín.

Francisco Escola.



Nougués,

caballero andante

Pablito Nougués, como cariñosamente lo denominamos sus íntimos, es un Quijote incorregible, desfaceador de entuertos, etc., etc.

Tiene concepto exagerado de la caballerosidad. Rinde culto fervoroso al honor.

Tan celoso defensor como de la honra propia lo es de la de cualquiera otro á quien estima como camarada ó simple amigo, y estas bellas cualidades, le han acarreado no pocos disgustos. Se ha batido cinco veces á sable, cuatro á espada y tres á pistola. Fué padrino y juez de campo en numerosos duelos, siendo gran perito en cuestiones de honor.

Se batió por primera vez á los diez y siete años, á espada, resultando herido en el antebrazo derecho.

A los diez y ocho años se batió á sable á todo juego, sufriendo tres graves heridas en la cabeza y una en la cara. Su contrincante también resultó con tres heridas graves.

Muy joven, casi un niño era cuando empezó su brillante carrera periodística, pero su característica fué en todo tiempo, una gran firmeza y una reflexión impropia de su edad; de ahí el que siempre haya mantenido con las armas en la mano lo que escribió su pluma, no habiéndose dado un solo caso de haber rectificado, fuese quien fuese el que se lo haya exigido.

La ejecutoria de sus andanzas caballerescas la lleva indeleblemente grabada en la propia piel.

Es tan diestro, esgrimidor, que yo no dudo la suerte que hubiera corrido el desdichado *Bastán*, si este fuera hombre de temple, capaz de sostener sus absurdas proezas frente á Pablo Nougués, en el terreno de los caballeros.

Domingo Fernández Galán,
Teniente de Infantería.



Nougués,

polemista

Que en la polémica se manifiestan los verdaderos oradores, es cosa de la que todos estamos convencidos.

Además de palabra fluida y galana, ha de poseer el polemista la ironía que desconcierte, el razonamiento que convenza, la lógica que destruya y sobre todo, una inteligencia ágil y ductible que conciba y moldee con celeridad las ideas.

Pablo Nougués posee esto y por ello le he visto triunfar siempre que ha actuado como polemista.

Allá por el año 1903, batallaba en la Juventud Republicana de Madrid con un grupo temible por la calidad, que pretendía derribar la Junta directiva de la que Nougués era primer vicepresidente, para dar á la colectividad una nueva orientación.

Fué una lucha en la que Pablo Nougués triunfó después de poner á prueba su inteligencia, pues cada votación le costaba media docena de discursos.

Por la misma fecha, en la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo, se discutía una Memoria presentada por su secretario, cuyo tema era «Origen y desenvolvimiento del socialismo católico».

Intervenían en aquellas controversias significados reaccionarios, cuyas

ideas eran combatidas brillantemente por el elemento democrático de la docta casa.

La discusión languidecía por falta de aire de fuera.

Casi todos aquellos señores, eran eruditos. Su ciencia estaba extraída de los libros. Faltaba quien llevara la ciencia adquirida en la vida, por haber sentido en la propia carne el latigazo de la desigualdad social.

El Ateneo, entendiéndolo así, invitó para que tomaran parte en la discusión á varios propagandistas; entre ellos figuraba Pablo Nougués.

Su primer discurso fué maestro. El ambiente que le rodeaba era de hostil curiosidad, y Nougués, con esa frialdad en él característica, habló con tanta corrección y serenidad como si el lugar le fuera conocido.

A medida que hablaba, iba la hostilidad convirtiéndose en simpatía y una interrupción hecha con el propósito de desconcertarle, le dió motivo para acabar de triunfar.

—Yo he leído—contestó á su interruptor— un libro de S. S. y he visto que la página más brillante de él es la primera, porque S. S. ha tenido el buen acuerdo de no escribir nada en ella; de dejarla en blanca virginidad. La ironía arrancó un aplauso.

En la tribuna del Ateneo donde Nougués triunfó, he visto fracasar á oradores de fama.

A Pablo Nougués no se le puede llamar orador á secas: hay que llamarle orador-polemista.

.... Y quien esto os dice es harto descontentadizo en la materia.

Enrique Barea.



Pablito Nougués

Me piden dos cuartillas acerca de Pablito Nougués, como cariñosa é íntimamente le llamamos los republicanos, y ahí van en forma de juicio sintético, acerca de tan excelente persona, ardoroso propagandista y escritor inteligente y experto.

Es tan enusiasta correligionario, uno de aquellos republicanos apasionados y convencidos á quien su fe ciega en el ideal le lleva á las mayores audacias y le parecen deberes inexcusables los más arriesgados sacrificios.

Siempre en la brecha, igual pronuncia una cálida arenga, escribe un vibrante artículo ó se coloca al frente de elementos de acción para llevar á la calle en forma de protesta calorosa el sentir de nuestros elementos menos resignados ó más levantiscos.

Tal es su fisonomía como republicano, y en cuanto á periodista y orador, el mejor elogio para él es leerle y oírle.

Tomás Romero.



Nougués,

organizador

Estábamos un amigo y yo, en un palco del teatro Barbieri, presenciando cierto «meeting» contra el impuesto de Consumos.

Mi amigo, glosando algo que yo había dicho instantes antes, dirigió sus ojos hacia mí, y exclamó muy bajito, como interrogándose á sí mismo:

—La iniciativa, el concierto, la organización... ¿Y puede ser todas esas cosas ese muchacho de continente melancólico, que friamente, serenamente, afirmándose los lentes de vez en vez, habla con voz que arranca aplausos, que emociona y casi convence, de «guillotinas» y de «sangre»?...

—Sí, señor, ¡ya lo creo! Es Pablito Nougués. Aunque usted halle una paradoja, y en realidad exista, entre su elocuencia «destructora» y su ma-

nera de crear, yo quiero presentarse como el organizador, el mejor organizador entre los jóvenes.

Nougués, no rectifica, es la inventiva, el concierto y la organización... Lo que él organizó yo no se lo puedo enumerar á usted; es tanto, que acaso ni él pudiera hacerlo, aunque quisiera... Pero de todos modos, oiga usted: casi todas las Juventudes republicanas de Madrid son creación suya; varios periódicos, campañas infinitas, entre ellas la que sacó á Nakens de la cárcel, y la otra de sesenta mil firmas á favor de Macías... Meriendas «ciudadanas», manifestaciones, «meetings», ¡yo no sé!

El mismo partido radical de Madrid, es cosa que él creó con el concurso de ese otro muchacho, inteligente, activo y siempre desinteresado, Francisco Escola.

En provincias, yo sé que Pablito Nougués ha realizado grandes cosas. En Carpio de Tajo, por ejemplo, un pueblecito toledano, inmediato al en que yo nací, Nougués, «hizo» republicanos, que no había habido nunca y consiguió sacar en unas elecciones municipales, la mayoría del Ayuntamiento... Además ha organizado... ¡una enormidad de cosas, amigo mío!... Muchos triunfos resonantes de su partido fueron debidos á su genio organizador.

Labor toda ésta, amigo mío, que ¡yo no sé!, pero que no creo que hayan realizado todos esos republicanos, algunos sólo republicanes que se sientan en el Congreso... Organizando «Joven España», un viejo propósito de Nougués, es donde yo le he conocido más de cerca. No una vez, muchas veces, ante algo que íbamos á hacer, yo le decía con pesimismo: «Eso no puede ser. Fíjate bien, Pablito.»

El me miraba y me decía friamente: «Será; ya lo verás.»

Y era efectivamente. En suma, señor mío, Pablo Nougués, es lo que debemos ser todos los jóvenes: un revolucionario, un destructor, que quiere deshacer lo mal creado, lo mal instituido, no con el propósito del desorden, sino con el de crearlo de nuevo, perfecto, como debe ser.

F. Gómez Hidalgo.



Hombrés è ideas

Pablo Nougués

Resientemente un joven escritor, que exalta la erudición en sus artículos, dividía la juventud en dos categorías: *juventud política* y *juventud intelectual*.

La juventud política ha de ser intelectual, aunque los jóvenes intelectuales no sean políticos, si hemos de aportar un poco de sinceridad á la empresa de la regeneración patria.

Le Bon será psicólogo, pero Niersche admira á Napoleón I.

Ciertamente que los jóvenes que sólo aplican sus energías á las disciplinas intelectuales ó al arte, trabajan por reivindicar el nombre de España; pero la conquista de las muchedumbres se debe realizar poniéndose en contacto con el pueblo.

Habrà dos juventudes y varias juventudes: Pablo Nougués pertenece á la juventud política, sin desdeñar la juventud artística, ni la juventud intelectual.

Es un viejo político de pocos años. Coincidiendo con Pío Baroja lanzó la idea de organizar una juventud de jóvenes de acción, de entendimiento y de buena voluntad. Este organismo, ya formado, es *Joven España*. Ante las visiones catolizantes de los modernos inquisidores, Pablo Nougués, como otros jóvenes abnegados, rechaza vacilaciones del escepticismo y vehementemente, ardorosamente, se aplica á la acción revolucionaria y á la política republicana, donde se afiliara ha muchos años. En la cárcel ha estado varias veces y los procesos á que se le sometió, por causa política, se cuentan por docenas. Su abnegada vida de luchador es una serie de sacrificios constantes por el ideal acariciado.

Se ha querido excluir á los jóvenes republicanos del sindicalismo intelectual y esto es una injusticia. Las ideas no catalgan solas: el hombre infunde su moralidad y personalidad á las ideas. Dentro del partido europeo que apellidamos *radical*, hay hombres de ideal y jóvenes de gran talento. ¿Hemos de citar nombres? El pueblo Español es es-

céptico y pesimista por desengaños y desilusiones.

La juventud es el porvenir, es lo indefinido, lo nuevo, y será la actualidad; no tiene prestigio, pero no está desprestigiada.

El pueblo Español necesita poner su fe en algo: su in-tinto le aproxima á los jóvenes. ¿Por qué? Porque lo nuevo siempre tiene razón de ser.

Pablo Nougués ha pronunciado durante su vida de propagandista innumerables discursos; ha peregrinado heroicamente de pueblo en pueblo, llevando la nueva nueva á los aldeanos ingenuos, tristes y desilusionados; ha organizado fuerzas potentes y no hay colectividad juvenil á la que no aporte su concurso valiosísimo.

La batalla generosa y desinteresada por el ideal absorbió durante muchos años sus energías. Hoy dedica á *Joven España*, al partido republicano de Cáceres y á la alianza republicano-socialista—de cuyo comité nacional ejecutivo ha sido secretario,—todas sus actividades.

Los organismos pródigamente dotados necesitan la lucha para vivir; el obstáculo sólo sirve para estimularlos y hacer más fuerte su instinto de conse vación.

Pablo Nougués se formó, como escritor y como periodista, al lado de Maezu, Delorme, Bueno, Dicenta, Castrovido y tantos otros ilustres cultivadores de las letras. Desperdigados en la prensa radical de España se leen infinitos trabajos suyos, de una virilidad y de una valentía admirables. Nougués jamás ha sido redactor de un periódico monárquico.

El partido republicano precisa de la juventud para no envejecer.

Los jóvenes deben ser elevados en España á la categoría de jefes.

Las tradiciones nos ahogan. Los jóvenes deben desechar el sedimento tradicional.

Juan Guizé.



Pablo Nougués

y el problema religioso

Las gentes reiligiosas y sencillas, que piensan como sus padres piensaron, (acaño sea esto benévola suposición) tienen una frase terrible, que les sirve para expresar el cúmulo de maldades de que un hombre es capaz: no tiene creencias, dicen.

Yo tengo el gusto de presentar á mi querido amigo Pablo Nougués, como un hombre sin creencias; lo que no podría, por más que forzase á caminar mi razón por tortuosas veredas, es encontrarle maldades.

Los espíritus perezosos, tienen las creencias religiosas como una almohada, donde cómodamente reclinan la cabeza, para evitarse la fatiga que produce el pensar.

Las tres misteriosas y atractivas preguntas que el hombre se hace á sí mismo: ¿qué soy? ¿de donde vengo? ¿adonde voy?, encuentran una provisional y absurda respuesta en los dogmas, viejos anacronismos del espíritu moderno, que tienen la revelación como punto de partida, y el menosprecio de la razón como fin.

Pablo Nougués, con su clarísima y culta inteligencia, no ha menester de las religiones para contestar las eterna preguntas; el estudio y la meditación, misteriosas alas con que volamos hacia la verdad, le hicieron templar su espíritu en la serena contemplación de lo que es.

De todo el maravilloso conjunto de las ciencias, se desprende una afirmación capital: el orden sobrenatural no existe; la revelación y el milagro, son ficciones infantiles, exteriorizadoras del instintivo deseo de conocer, que nace al nacer la humanidad y morirá con ella. Las religiones son un producto de la conciencia humana, del venero de la moral, el arte y las instituciones políticas. Sólo la ciencia, que investigando pretende enseñar la revelación, es la representación intelectual del Universo, la proyección de la razón de las cosas, en la razón humana. Todo el mundo del pasado, tenía á Dios como origen, fundamento y ley. Acaño Voltaire tuvo esto demasiado presente cuando escribió el célebre verso «si Dios no existiese habría que inventarlo».

Pablo Nougués piensa con Diderot «que no es precisamente lo que «se ha hecho». Y aún añade: HAY QUE DESHACER...

Rafael Sánchez de Ocaña.

Nougués, amigo ideal

Nada he merecido de los dioses inmortales mejor ni más delicioso que la amistad.—Cicerón.

Muchas y muy bellas cualidades tiene Pablo Nougués como escritor, político, orador, propagandista, etcétera, y de todas ellas os harán saber algo personas que han tenido ocasión de apreciar y aquilatar los méritos de Nougués.

Yo os quiero hablar de su amistad. Bajo este aspecto es encantador. Dotado de exquisita sensibilidad y de un espíritu recto y sincero brinda su adhesión y lealtad á todo el que se le acerca, sin las consideraciones egoístas de los que miden y pesan el pro y el contra y la conveniencia de una nueva amistad.

Sus amigos constituyen legión y aunque en ocasiones le proporcionen malos ratos, todos le quieren.

Su cortesía, que jamás causa enfado; su discreta tolerancia, su afabilidad y su desinterés le captan la simpatía general.

Pablo Nougués es el amigo de todas las horas y no una de esas personas que pasada la circunstancia que las hizo oportunas molestan y encooran.

A su lado se pierde la noción del tiempo y aunque, á pesar de su talento, es tímido, muy tímido, siempre está á tono y con él la conversación fluye sin dificultad y sin esas pausas de tedio que caracterizan el trato de tantos pelmas.

Respetuoso con sus amigos, da consejos cuando se le piden y al hacerlo no trata de imponer su voluntad, ni se entromete en vidas ajenas.

En su conducta hay rasgos de caballerosidad que si los contara me malquistarían con él, que odia la exhibición.

¿Por qué ofender su modestia?

Bástete, lector, saber que Pablo Nougués hubiera hecho por Orestes lo que hizo Pylades y que si por dicha tuya, es tu amigo, en tu servicio pondrá la fuerza de Porthos, la astucia de Aramis, la nobleza y el desinterés de Athos y la espada de Artaguan.

Pues, aunque nacido en siglo tan prosaico como el que corre, tratándose de sus afectos, Pablo Nougués tiene el romanticismo, la lealtad y la bizarría de un mosquetero.

Antonio de Lezama.

Nougués, camarada

Si en algún trance de la vida necesitáis el pródigo amparo y el apoyo sin límites de un camarada, digno de tal título, acogéos sin reservas al afecto generoso de Nougués, en la certeza absoluta de que él hallará lenitivo que cure las heridas de vuestro espíritu.

Pablo Nougués, es el compañero abnegado de los que con él batallan y el indulgente amigo de los que, por envidia, contra él pelean.

Por salvar á sus compañeros de una desdicha, por conseguir que se les haga justicia plena, es capaz de todos los sacrificios.

Más de una vez ha dejado de ganar su pan, por ser Quijote desfaceador de agravios; en más de un caso, ha puesto su piel en entredicho por amigos que luego resultaron Judas. Si hubiera vivido siglos atrás, habría eclipsado la fama esplendente de don Alonso «El Manchego».

Es altivo, como un viejo hidalgo castellano, con los primates de la política; orgulloso como un señor feudal, con los potentados; tierno y solícito, con los humildes, con los menesterosos, que sufren la infame desigualdad social.

Cuando él concede una merced, lo hace con suprema delicadeza, cubriéndola con la máscara de un deber ineludible.

Nougués es un camarada como no hallaréis ninguno, en la doliente senda de la vida.

La semilla de la gratitud, prende siempre y fructifica exuberante en su alma nobilísima.

Más grande que su talento, es su corazón.

Pablo es un niño bueno de poco más de veinte años.

Enrique M. Ruizdelgado.



Honrando á Nougués

Lydia

Es linda y gentil, alegre como un pájaro, sensible y humana; sencillamente encantadora.

Son sus ojos claros y serenos como un madrigal de Cetina, y hay en su carita de muñeca una perenne y subyugadora sonrisa, diáfana y leal, como su blanca almita de niña candorosa.

¡La mujer ideal toda armonía y luz, toda espuma, toda perfume.

Para las horas rientes ella tiene un gesto mimoso y subyugador. Sabe hacer un claro de paz en la melancolía de los días brumosos, de los días tristes, de los lentos días de cansancio, de concentrada angustia, de íntimo sufrir...

Es la amada, es la elegida, la compañera del luchador, la que puso en sus manos abiertas la palma vencedora que era estandarte para adentrarse en la vida, la que le dió consuelos inefables en las horas cruentas de congojas y desesperaciones, la que le alzó del polvo de la inercia para elevarlo al palenque de la pelea noble, la que nimbó su frente dolorida con el óleo divino de una caricia sabia, la que cantó en su oído la canción joyante y vibradora que era himno sobrehumano de lucha y amor.

Es la enamorada, es la mujer-alma, toda eorazón.

*

¡Salve, mujer!

Salve, noble amada del combatiente, corazón de ambrosía y de miel, plácida flor de un búcaro genial.

Que las hadas alfombren tu camino con dalias y azucenas, que una estela de luz te guie á lo largo de la senda y que esa senda sea ancha vía, triunfal y gloriosa.

Que el buen Dios de los que aman haga de tu vivir un santo idilio celestial.

Que el egregio y bondadoso Dios de los que esperan no me dé más dicha—cuando la novia de mis cariños sea esposa—que la que deseo para tu apacible y amoroso hogar.

¡Salve, mujer!

Juan Luis Cordero.



Nota final

Obligados á adelantar un día la salida de este número, nos vemos obligados á dejar de insertar en el mismo dos originales que acaban de llegar, debidos á las geniales plumas de los señores Bejarano y Arimón, distinguidos redactores de *El Liberal*.

Tampoco han llegado á esta hora los originales que nos habían prometido los señores Galdós y Castrovido.

A los republicanos

de la

Provincia de Cáceres

CIUDADANOS:

El domingo 23 del actual van á honrar la capital de nuestra provincia cuatro jóvenes prestigiosos é ilustres, cuatro esclarecidos luchadores de la vanguardia progresiva, de esa vanguardia que combate por la Diosa República, por la Santa Libertad, por el Derecho Rey.

Augusto Barcia, Francisco Escola, Eduardo Barriero, Pablo Nougués. He aquí sus nombres. Esos nombres traen la doble aureola de la juventud y del talento, doble aureola que nimba sus gloriosas frentes con los magnánimos destellos de la abnegación y del sacrificio

¡Bienvenidos sean entre nosotros!

Los republicanos de la Alta Extremadura les aguardan con los brazos abiertos. El Cáceres republicano se vestirá de gala para recibirlos dignamente.

El domingo 23 del actual á las tres de la tarde se celebrará el hermoso acto anunciado, en la Plaza de Toros. Esa tarde, las voces vibrantes y arrebatadoras de nuestros esclarecidos huéspedes, resonarán en el recinto de nuestra ciudad, cual otras tantas oraciones fervorosas, que nos traigan salvadores efluvios de redención, auras de emancipación, brios de juventud, anhelar de reivindicaciones, convicciones y entusiasmos, esperanzas y alientos.

Sacerdotes nobilísimos de un rito excelso, ellos oficiarán en el altar de nuestras íntimas devociones la santa misa de la Religión del Amor. Nosotros seremos fieles en ese templo, que tendrá por bóveda el cielo azul y por lámpara el sol.

Cáceres responderá á nuestras excitaciones. Ese día será nuestra fiesta: la fiesta de los republicanos.

Cacereños: A las tres de la tarde del domingo día 23, os citamos en la Plaza de Toros, y la Plaza de Toros no será Plaza de Toros ese día, sino templo de Cultura y de Fe.

Cáceres 21 de Octubre de 1910.

LA JUNTA DIRECTIVA DEL CENTRO.

Cáceres: 1910

Tip. LA MINERVA, de Serafín Rodas, Plaza Mayor, 41